

mar y que quemara la mejilla, como viento que impele grandes velas; pero, al mismo tiempo que tiene todo eso que es muy cubano, muy Habana, tiene una sagacidad, un ver más allá de donde alcanza el ojo, un entender lleno de curiosidad, que delata en ella otra sangre que la de Cuba, la sangre mexicana. Su padre era de México.

Salomón de la Selva

(Del Diario de Costa Rica)

Hay en los ritmos que su voz inspira
un genio alado que al cantar encanta:
es que las Siete Cuerdas de la Lira
se han hecho como un nido en su garganta

Sotela

Va a su Panamá, algunos días antes que yo,
esta fina y talentosa Lydia de Rivera. Yo la pongo
en sus nobles manos de amigo y espero que ayude
todo lo que pueda a la publicidad de su concierto.

La señorita Rivera es una artista de reputación
europea y yo deseo vivamente que Panamá la reciba
como lo merece y la estime.

Gabriela Mistral

(Fragmento de carta al Sr. Villegas Arango.)

Mi corazón extasiado
en el silencio oyó un trino . . .
Era el más dulce y más cálido
y el más alegre y más lindo.
Y preguntaba el turpial:
¿quien se ha robado mi pico?
Díjeme yo: "que no es tuyo
porque es de Lydia el prodigio."

Claudia Lars

¡Es linda esta Lydia de Rivera! Con lindura
que es pulcritud en los dones celestiales: el mar-
avilloso fulgor de los ojos, la voz con que canta
y encanta, las manos bonitas en ademán explica-
tivo, la sonrisa cautivadora, los decires sencillos
y finos, la excelencia y dulzura del ritmo espiri-
tual. ¡Deveras que se cobra mucha afición a esta
criatura, tan llena de gracia! Y no digo más . . . ;
porque habría que hacer el elogio de la alondra,
hermana de la aurora.

g. m.

Octubre de 1931.

Estampas

Los profetas de la prosperidad

El jeme lo llevan los emperadores de Liliput en lo que piensan

— Colaboración directa —

La Economía de toda nación tiene siempre en sus épocas de desequilibrio grupos de hombres que se asoman a ella a profetizar. La ven desorganizada y al momento dan con la clave de la salvación. Tú, Economía, lo que necesitas es esto, exclaman los profetas de la prosperidad. La gráfica de tu descenso no caerá más, porque ocurrirán tales o cuales hechos que fatalmente la harán tomar camino ascendente. Acátense nuestros pareceres y la vuelta a la vida de prosperidad alboreará enseguida. Así van las profecías de esos hombres que presumen de grandes capacidades. Pero lo cierto es que la economía de las naciones no entiende las jerigonzas de estos surcidores de teorías.

Y cuanto más grande es la Economía de una nación más solemne quiere ser el profetizador. En los Estados Unidos—lo leíamos en un artículo de John Flynn publicado en *Forum*—una de esas voces salió a decir en los periódicos cuando todo el mundo temblaba en octubre del año pasado, que carecía de fundamento el rumor de que se depreciarían en el mercado los valores. Todo predice, afirmaba, una reacción sumamente favorable. Y al día siguiente aconteció la formidable depreciación que produjo pérdidas por valor de cinco billones de dólares. Tan grande fué el hundimiento que aún las capas profundas no han podido encontrar sostén y continúan cayendo. No hablaba el profesor Fisher, que este es el nombre del profetizador, para hacerle propaganda a determinados valores de la industria o del comercio, ni para crear optimismo. Hablaba ocupando una gran tribuna de autoridad hacia la cual los ojos de millones de seres acuden en busca de la santa palabra. Y la Economía de su nación abrió el abismo que se tragó la pro-

fecia del profesor y cinco mil millones de dólares. El caso es para recordarse siempre que en un país oigan sus habitaciones el pronóstico de su prosperidad.

En las naciones con su Economía menos complicada y menos voluminosa el profetizador de la prosperidad es generalmente el hombre que vive en un mundo de negocios cerrado. Es el comerciante, es el banquero, es el abogado. Es por consiguiente el hombre unilateral. Sale a asomarse a otro mundo que lo sorprende por la variedad de problemas que reclaman un trato diferente cada uno. No es ya únicamente el cálculo de mercaderías, ni el tipo de intereses lo que su inteligencia percibe. Pero tampoco puede confesar que la Economía de la nación está por encima de sus capacidades unilaterales. Necesita dar el parecer y entonces lo acomoda a su visión reducida. Pide procedimientos de comerciante, o de banquero, o de abogado, para una Economía que tiene de todo eso, pero en porciones mínimas. Lo terrible a veces es que ese tipo de hombre se impone cuando el quebranto es grande. Los periódicos lo buscan, lo ponen a contar experiencias y piden luego que esas experiencias se conviertan en principios regularizadores de la Economía de una nación. El comerciante que enriqueció especulando o sacrificado detrás del mostrador, pontifica y señala rumbos. Es decir, el hombre que ha logrado desarrollar un gran instinto para sorprender el negocio remunerador, surge armado de ese instinto a imponer orientación a la Economía de una nación. Cosa terrible. Como lo es también la del prestamista que llega a banquero sabiéndose de memoria la redacción del pagaré, y de pronto profetiza. Y la del hombre público que ha sido pésimo funcionario por falta de capacidades, por

achatación. Como la posición oficial hizo de él una ficha visible, vuelve de esa posición creyéndose fuerte y sabido. Nada escapa ya a su parecer. Siente que sobre él gravita el destino de un pueblo. Y como los creídos son siempre innúmeros las profecías que el hombre público lanza con el estrépito son recogidas y digeridas.

El mal grande para los países en donde abundan los profetas de la prosperidad es que ni ellos ni los que escuchan se han puesto nunca a pensar en la pequeñez que tienen. Su mundo les da estatura sobresaliente, pero desde que salen de él se produce el contraste. Y el contraste no lo perciben los profetas. Son unilaterales. ¿Qué hay fuera del mundo en que ellos viven? Hombres y más hombres a quienes debe imponerse el saber que una experiencia dura y de años ha acumulado en el meollo del profetizador. El contraste, que sería el golpe para que volvieran a la realidad, no tiene nada que hacer con ellos. Son centros de mundos a los cuales se llega por conquista tenaz. Cuando el Dean Swift creó el universo de Liliput no hizo otra cosa que reproducir el espectáculo humano que lo circundaba y que sigue circundando a todas las criaturas que padecen al profetizador. Aquel temible emperador cuya estatura no subía del jeme piensa y pontifica como todos los hombres que vemos dando pareceres enfáticos. Recuérdense en la introducción del pacto que da a Gulliver la libertad: "Monarca de todos los monarcas, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies oprimen el cetro del mundo y cuya cabeza se levanta hasta tocar el Sol; cuyo gesto hace temblar las rodillas de los príncipes de la tierra; agradable como la primavera, reconfortante como el verano, fructífero como el otoño, espantoso como el invierno." Y todo el poder y la belleza del emperador caben en la palma de la mano apretada. Pero no había contraste para él. Fuera de Liliput nada más que gente medrosa y despreciable. Gulliver aparecía estirado y no disminuía la majestad del liliputiense que se proclamaba a sí mismo sostén del universo. Porque era majestuoso descendía hasta Gulliver a hacerle merced, a pactar con él la libertad. ¿No es ahora lo mismo? Swift no se secó los sesos imaginando presunciones para su criatura. Simplemente las recogió del medio inglés de su tiempo, que es el medio inglés de hoy y seguirá siendo el medio norteamericano de mañana y el costarricense de siempre. El emperador de Liliput es habitante con el don de la ubicuidad. Solo que le estatura no hay que buscársela en el cuerpo sino en lo interior. El jeme lo llevan en lo que piensan. La arrogancia brota como virtud del jeme.

Queremos explicar que no condenamos la expresión de un país que se manifiesta por sus hombres, por sus mujeres, cuando censuran, cuando exigen, cuando señalan rumbos. Lo que nos mueve a la reflexión es el apareamiento de los emperadores estilo Liliput. Contra ellos debemos todos los